

LA ANÁFORA ASOCIATIVA COMO MECANISMO DE COHESIÓN TEXTUAL

RICARDO ESCAVY ZAMORA
Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

En las lenguas existen formas especialmente dotadas para llevar a cabo la cohesión textual, para conseguir que el texto quede configurado sintácticamente como un todo como urdimbre textualizadora, de manera que sus partes queden unidas por la fuerza cohesiva que unas determinadas formas proyectan como trama consistente que resuelve los materiales lingüísticos en texto, en un único texto. Entre estos elementos que operan como trama, que llevan a efecto la cohesión textual, destacan los llamados anafóricos, cuyo resultado textual es la anáfora.

Nos parece adecuado, antes de entrar en otras precisiones, delimitar el concepto de anáfora, el cual ha evolucionado notablemente dentro de la teoría gramatical. El concepto de anáfora surge referido a los pronombres una vez que éstos quedan diferenciados como clase independiente de palabras.¹ Es, sin embar-

1 En Dionisio de Tracia se vislumbra la primera distinción entre deícticos y anafóricos, los primeros apuntan a un objeto presente, y los segundos, a un objeto mencionado con anterioridad, según sugiere V. Bröndal en *Les Parties du discours. Parties orationis. Études sur les catégories Linguistiques*, trad. P. Naert, De. Einar Munksgaard, Copenhague, 1948, pág. 43.

go, Apolonio el que los diferencia por el modo de significar en *deícticos* y *anafóricos*, siguiendo diferentes puntos de vista, con cierto desorden expositivo. Los *deícticos* son los pronombres de primera y segunda persona; los de tercera *anafóricos*, aunque estos últimos pueden ser también *deícticos*.² Prisciano, seguidor de Apolonio, los divide en *demonstrativos*, los de primera y segunda persona, además de los de tercera *hic, iste*, que significan en «presencia» de la sustancia, y los *relativos is y sui* que significan en «ausencia» de la sustancia. Existen otros, *ipse e ille* de tercera que pueden ser *demonstrativos* y *relativos*.³ En el siglo XVIII, J. Harris⁴ con estos antecedentes justifica la división recurriendo a los conceptos aristotélicos de «primer conocimiento» y «segundo conocimiento», según lo cual, los *deícticos* se refieren a objetos de «primer conocimiento», como *yo* y *tú*, inventados, según él, para evitar señalar con el dedo a las personas que se desconocen hasta el momento de comenzar la conversación. Los *anafóricos*, los de tercera persona, por el contrario, se refieren a objetos de «segundo conocimiento», o lo que es lo mismo, remiten a un objeto que ya ha sido nombrado en el texto precedente, como ocurre en el ejemplo siguiente:

(1) *El cartero trajo una carta para María. Ella no la esperaba*

en donde el pronombre *ella* remite a la persona llamada María, que ya figura nombrada en el texto por medio del nombre *María*, y, por lo tanto, ya es conocida cuando aparece en la secuencia subsiguiente el *anafórico ella*.

Hay que esperar a K. Bühler para encontrar un importante análisis en relación con el concepto de *anáfora*, dentro de su teoría más amplia sobre el fenómeno de la *deíxis*. Tiene la misma operatividad señaladora que la *deíxis ad oculos* sólo que, mientras en ésta se muestran los objetos del mundo a través de formas como *yo* y *tú*, en la *anáfora* se señalan expresiones del contexto situadas antes o después del elemento *anafórico*. Es un mecanismo que traslada al discurso la fuerza mostrativa de la *deíxis ad oculos*, cuando el discurso es percibido por el emisor y el receptor como una realidad considerada como presente. En K. Bühler

2 Vid. R. Escavy: *El Pronombre. Categorías y funciones pronominales en la teoría gramatical*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1987, págs. 93-95.

3 *Op. cit.*, pág. 197.

4 Vid. R. Escavy, *op. cit.*, pág. 229.

el uso anafórico de determinadas expresiones es deíctico y, como tal, precisa de un *origo*, con respecto al cual adquieren pertinencia y precisión señaladoras las formas deícticas, en este caso, las formas anafóricas.

DEÍXIS TEXTUAL Y ANÁFORA

No obstante, a partir de la teoría bühleriana se ha visto necesario diferenciar lo que es deíxis textual de lo que es la anáfora, por razones bien justificadas. El fenómeno deíctico precisa de un punto cero u *origo*, tanto si la deíxis es *ad oculos*, o sea, cuando se trata de deíxis en sentido estricto, como fenómeno de acuerdo con el cual significamos un objeto del mundo señalándolo, en lugar de con el dedo, con un elemento deíctico, como cuando se trata de apuntar a un elemento del texto. Para ello es preciso llevar a cabo una inflexión enunciativa, consistente en una reinstalación del emisor dentro del propio texto considerado como espacio, en relación con el cual el emisor reinstalado ocupa el punto cero u *origo*. Mas, al contrario de lo que ocurre en la deíxis *ad oculos*, en estas inflexiones se combina el funcionamiento objetivo con el subjetivo, ya que el emisor no se refiere a los objetos textuales sólo de manera objetiva que coordina estos objetos egocéntricamente en relación al *origo* ocupado por el emisor, sino que, por razones de realce o topicalización de una parte del texto decide reinstalarse, y a partir de esta decisión, llevada a cabo de manera egófica, opera la coordinación deíctica, en consecuencia egocéntrica, donde elementos como *antes/después, ahora/entonces, arriba/abajo, aquí/allí, éste, ése, aquél*, señalan elementos del cotexto como lo hace la deíxis convencional.

En relación con este tema (J. Lyons, 1979) diferencia anáfora de deíxis textual, en el sentido de que la anáfora presupone que existe en el texto un correlato intensional del referente, o, para ser más precisos, en el universo del discurso, en tanto que en la deíxis no existe⁵. Esta es una concepción cercana a la diferencia, arriba aludida de ascendencia aristotélica, existente entre los objetos de «segundo conocimiento» y los objetos de «primer conocimiento», respectiva-

5 En relación con esto y referido a otros autores se puede consultar Y. Matras: «Deixis and deictic oppositions in discourse. Evidence from Romani», *Journal of Pragmatics*, 29 (1998), págs. 393-438.

mente. De acuerdo con esta diferencia la llama «déixis impura», puesto que asume funciones anafóricas.

K. Ehlich, apoyándose en el sistema de deícticos del hebreo, entiende la déixis como un recurso focalizador, de acuerdo con el cual el hablante establece un foco y transmite al receptor ese foco; es decir, transfiere el foco, o lo que es lo mismo, incita al oyente a interesarse mentalmente por el referente focalizado, lo que consigue a través de la utilización de un deíctico, que sustituye al señalamiento natural con el dedo o cualquier otro gesto equivalente. La anáfora, por el contrario, es entendida como un fenómeno no puntual, sino continuo. Lo que se hace en la anáfora es mantener un foco ya establecido deícticamente, tanto si el foco se ha establecido en la experiencia textual como si ha sido establecido en la extratextual, pero vinculada al cotexto, ligada al contexto lingüístico. La anáfora es una operación de naturaleza lingüístico-mental que tiene que ver tanto con la elaboración del discurso lingüístico como con los contenidos lingüísticos.⁶

La déixis textual opera de forma contraria a la anáfora como lo hace la déixis estándar, focalizando un elemento del texto, realzando un elemento o un fragmento del texto o del discurso en el que se sitúa. Para ello el texto se considera como un espacio donde los deícticos apuntan a un hecho de habla o a un elemento textual más que a la representación mental de su contenido, del mismo modo que en una situación real señala un deíctico a un objeto del mundo. Dicho de otro modo, un texto cuando es percibido o leído se puede considerar como si de un espacio real se tratara, puede ser entendido como un espacio demostrativo a todos los efectos.

La déixis textual, pues, es un mecanismo coordinador del espacio físico o temporal que el propio texto es, o como el texto se configura, más allá y dentro de las coordenadas iniciales pre-texto en las que se sitúa todo él en relación con el punto cero u *origo*, en el que el hablante se sitúa, que será considerado como tal una vez que el hablante haga la 'inflexión enunciativa', subjetivamente decidida por él mismo para apuntar a una expresión contenida en el espacio textual constituido en foco. Esta operación deíctica puede en segunda instancia generar efectos informativos y correferenciales añadidos.⁷

6 *Ibid.*

7 Para un tratamiento pormenorizado de la déixis textual *vid.* el apartado correspondiente en J. A. Vicente Mateu: *La Déixis. Egocentrismo y subjetividad en el lenguaje*, Universidad de Murcia, Murcia, 1994.

La anáfora funciona como un «local cohesive device»⁸ estableciendo una relación semántico-sintáctica. La deixis textual, sin embargo, opera más claramente como un mecanismo de cohesión del texto.⁹

LOS ANAFÓRICOS

La lengua dispone de unas formas especialmente dotadas para efectuar la anáfora. De manera provisional y general se integran en la clase de los pronombres y dentro de los determinantes.

En los antecedentes históricos hemos tenido ocasión de ocuparnos de algunas de ellas, referidas al latín, lengua en la cual, según los autores citados, unos pueden ser sólo anafóricos y otros, unas veces anafóricos y otras deícticos. Cuando los deícticos son usados para referirse a elementos lingüísticos del texto se consideran deícticos si se opta por considerar el texto como una situación en donde el emisor, tras la inflexión enunciativa, se reinstala en el mismo considerado como espacio, aunque sea un espacio textual, o, por el contrario, hay que considerarlos como anafóricos, por cuanto remiten a un elemento que les precede en el discurso o en el texto. Esta remisión hacia atrás, hacia una expresión precedente, cada lengua la resuelve a su modo. En muchas lenguas la remisión se efectúa con deícticos y en otras, con anafóricos. En hebreo bíblico, por ejemplo, como nos lo ofrece Ehlich,¹⁰ el análisis se basa en el sistema de los pronombres demostrativos, los determinantes demostrativos y los pronombres de tercera persona. En esta lengua las formas deícticas se dividen en dos apartados, formas ZE- y formas HU-. Unas y otras pueden aparecer como forma simple indefinida: *ze, zot, ele* y *hu, hi, hem, he*, o como forma definida con el artículo *ha-* añadido *ha-ze, ha-hu*. En la forma indefinida *ze* es demostrativo y *hu* es pronombre de tercera persona. En la forma definida todas las formas son adjetivos demostrativos. *Ha-ze* se define como próximo, *ha-hu* como remoto. Las formas ZE siempre apuntan a objetos de la situación extralingüística, sin embargo, las formas HU, sean pronombres personales o determinantes demostrativos, siempre son correferenciales con expresiones

8 D. Kurzon: «Signposts for reader: a corpus-based study of text deixis», *Text*, vol. 5. 3.; París-Mouton, 1985, págs. 187-200.

9 Vid. J. A. Vicente Mateu, *op. cit.*, pág. 160.

10 Vid. Y. Matras, *op. cit.*

lingüísticas del cotexto. Dicho de otro modo, de acuerdo con la interpretación que Eglich da al funcionamiento de estas formas, el de las ZE es deíctico y el de las HU es anafórico.¹¹

En romaní la remisión anafórica a un antecedente es asumida por el pronombre de tercera persona y la remisión deíctica endofórica es efectuada por una subcategoría de deícticos, por lo que no es suficiente con que una forma remita hacia una expresión que figure en el cotexto previo para decir que es anafórica.

En español la deixis personal se manifiesta a través de los pronombres de primera y segunda persona, la espacial a través del sistema de demostrativos en utilización pronominal o determinante, además de la llevada a cabo por los adverbios *aquí, ahí, allí, acá, allá*, y algunas otras formas, siempre en relación con el *origo*, y la temporal a través de las desinencias verbales y de adverbios como *antes, ahora, después*. Mientras que la anáfora se establece fundamentalmente por medio de los pronombres de tercera persona, y de una manera especial por medio de las formas de relativo. También el artículo determinante vincula anafóricamente el SN al que acompaña con un antecedente, como tal conocido, en tanto que el indeterminante efectúa una relación catafórica con un consecuente que precisa la información.

La deixis textual, en el sentido que venimos manteniendo, se establece primordialmente utilizando el sistema de demostrativos, *éste, ése, aquél*, que apuntan, como ya hemos dicho, al cotexto considerado como espacio, focalizando un elemento lingüístico presente en el mismo. Pero estos demostrativos y el resto de formas que completan el paradigma actúan deícticamente cuando son pronombres, mientras que cuando son determinantes, más bien, unidos al SN que determinan actúan como anafóricos, con diferentes modos de realización de la anáfora, como tendremos ocasión de examinar más detalladamente en lo que resta de trabajo.

LA ANÁFORA ASOCIATIVA

Este tipo de anáfora es aquél que tiene lugar cuando aparece mencionado en el texto de manera explícita un referente que no ha sido nombrado con anteriori-

11 *Ibid.*

dad. Es una clase de referencia textual, podríamos decir indirecta, que introduce un nuevo referente ligado a uno precedente, según diferentes tipos de asociación, incluso la que se desprende de algún proceso inferencial. El ejemplo clásico de anáfora asociativa es el siguiente:

(2) *Llegamos al pueblo. La iglesia estaba cerrada*

En él el referente introducido por el SN *La iglesia* se liga al antecedente *el pueblo* que no tiene la misma referencia que él.

La primera característica de la anáfora asociativa es que no es correferencial, sino que presenta el referente como ya conocido, pero que no ha sido explícitamente mencionado. Así en el ejemplo (2) el SN *La iglesia* presenta un referente no mencionado antes de manera explícita, aunque se presenta como ya conocido, gracias a la relación anafórica que establece con el antecedente *el pueblo*. Esta relación es una relación «parte-todo», como consecuencia de la existencia de un estereotipo, según el cual, está asumido por el emisor y el receptor que en todos los pueblos existe una iglesia. Estos estereotipos, dicho de otro modo, están registrados en el léxico, lo que posibilita el proceso de amplificación que supone la anáfora asociativa.

La anáfora asociativa, además de ser un signo percibido como correspondiente a una construcción determinada que propicia la cohesión textual, es un signo que determina una función informativa y puede establecerse en el discurso a través de una presunción de coherencia.¹³

Por lo tanto la anáfora asociativa tiene dos características sustanciales:

- a) Depende interpretativamente de un elemento antecedente o consecuente:
- b) No es correferencial con dicho antecedente
- (3) *La Universidad está en el centro de la ciudad. El Rectorado es un edificio noble.*

Mientras que en la anáfora correferencial la relación entre la expresión anafórica y el antecedente es una relación sustentada en la sinonimia

(4) *La vecina recibió una carta. La misiva no llevaba remite*

12 *Ibid.*

13 D. Méville: «Associative anaphora: An attempt at formalisation», *Journal of Pragmatics*, 3 (1999), págs. 327-337.

o en la hiponímica, en este caso sin que la relación hiponímica se distancie excesivamente en la jerarquía de inclusión:

(5) *Juan se ha comprado un perro de caza. El animal es muy dócil*

en la anáfora asociativa la relación se establece como una relación «parte-todo», como en (6):

(6) *La vecina recibió una carta. El sobre llevaba la inscripción «por avión»*

o relaciones similares, como tendremos ocasión de comentar ampliamente más adelante. Si la relación es muy manifiesta la anáfora será débil, mas será fuerte si la relación no es tan evidente, o es una relación presentada como nueva.¹⁴ Esta relación exige algunas condiciones. Por una parte, está restringida por los estereotipos, por otra, es una relación no transitiva; es decir, si un elemento A, que se puede relacionar anafóricamente con B que es su antecedente, puede permitir un anafórico C, en ausencia de A, C no puede relacionarse con B sin que esté presente A, o a través de A como elemento intermedio. No podemos establecer una anáfora asociativa entre *pueblo* y *altar* en (7)

(7) *Llegamos al pueblo. El altar era románico*

si previamente no se interpone el SN la iglesia:

(8) *Llegamos al pueblo. La iglesia era modesta. El altar era románico.*

En (7) el SN *el pueblo* es B y el SN *el altar* es C. En el segundo, además de esos dos elementos existe otro SN interpuesto A, *la iglesia*, que permite la asociación.¹⁵

NATURALEZA DE LA ANÁFORA ASOCIATIVA

Se ha afirmado que la forma de la anáfora asociativa se corresponde con un SN definido, cuyo determinante es un artículo definido. Del este determinante

14 *Ibid.*

15 Ejemplo inspirado en Méville, *op. cit.*

definido le viene la condición de unicidad existencial, lo que propicia un eminente papel pragmático.¹⁶

Sin embargo, otros autores como G. Brown y G. Yule¹⁷ asignan a los pronombres capacidad anafórica similar a la de la anáfora asociativa canónica, cuando éstos no son concordantes con los antecedentes correspondientes, como ocurre en los ejemplos que incluimos tomados de estos autores:

- (9) Lit. *Hay dos señoras distintas que han venido al ubist y ambas llevan una peluca y ellas son muy naturales.*
- (10) *Incluso un aprendiz puede hacer más de veinte libras a la semana y no les quitan muchos impuestos por eso.*
- (11) *Hay un coche subiendo por la carretera y él llega a un cruce.*

En (9) el pronombre *ellas* para ser interpretado correctamente requiere que se haya entendido que existen dos pelucas y no una, según el antecedente *una peluca*, al cual se refiere el pronombre anafórico *ellas*. En (10) el SN *un aprendiz* es un SN que introduce en el discurso un individuo; no obstante, considerado en su contexto, no sería un aprendiz individual, sino la clase de los aprendices y, consecuentemente, cualquiera de ellos, por lo que el emisor puede elegir el pronombre *le*, singular, si considera al individuo, o el pronombre *les* si considera la clase de «los aprendices». En el ejemplo (11) el pronombre *él* hace referencia al conductor que necesariamente conduce el coche, lo que no difiere mucho de la que es la relación anafórico asociativa.

En otros casos:

- (12) *El Real Madrid perdió por 5 a 1. Ese portero es malísimo.*

Se pone de manifiesto la posibilidad de anáfora asociativa con SNs precedidos de demostrativo. Como sugieren D. Apothéloz y M.J. Reichler-Baguélin¹⁸ la anáfora asociativa no debe quedar restringida a los SNs con determinante definido, ya que también los SNs con demostrativos pueden comportarse como anafórico-asociativos.

16 D. Apothéloz & M^a José Reichler-Béguelin: «Interpretations and functions of demonstratives NPs in indirect anaphora», *Journal of Pragmatics*, 31 (1999), págs. 363-396.

17 G. Brown & G Yule: *Análisis del discurso*, Visor Libros, Madrid, 1993, págs. 266-ss.

18 *Op. cit.*

La principal propiedad de esta clase de anáfora es que los SNs que la realizan se refieren a un referentes que no han sido mencionados en el texto previamente.¹⁹

Por otra parte los llamados «pronombres de pereza» llevan a cabo una referencia distinta de la del correspondiente antecedente, a la cual se llega a través de la identidad de designación de ambos:

(13) *El hombre que le dio su sueldo a su mujer es mejor que el que se lo dio a su amante.*

En este caso podríamos decir que los pronombres cosignifican con el antecedente intensionalmente, pero no son correferenciales con ellos, puesto que se refieren a objetos del mundo distintos. Una cosa son los mecanismos de cohesión: anáfora, deixis textual, anáfora asociativa, etc. y otra, los elementos que pueden satisfacerlos, ya que en el uso las distintas formas no se vinculan de manera biunívoca a los mecanismos antedichos. Por ello los demostrativos operan especialmente como déicticos en la exófora, sea ésta memorial o amemorial, o en la endófora, sea ésta anáfora o catáfora.²¹ De ellos nos hemos ocupado en relación con la deixis textual, mas como hemos comprobado en (12), pueden ser utilizados sin gran dificultad en la anáfora asociativa, sin que la teoría se resienta.

LA RELACIÓN «TODO-PARTE»

Para dar cuenta del tipo de relación que se establece en la anáfora asociativa entre el SN anafórico y su antecedente se ha recurrido a la relación «todo-parte» existente entre el objeto denotado por el SN anafórico y el objeto designado por

19 Es un concepto muy utilizado en la literatura al respecto, acuñado en (Geach, 1962), a propósito del ejemplo *Every man who owns a donkey beats it*, que vuelve a ser utilizado en (Karttunen, 1969) al cual pertenece el ejemplo que hemos incluido en el texto *The man who gave his paycheck to his wife was wiser than the man who give it to his mistress*.

20 En R. Escavy, *op. cit.*, pág. 357 se atiende a este fenómeno. También puede consultarse R. Escavy: «Economía lingüística y sistema pronominal», *Anales de Filología Hispánica*, vol. 3, 1987, págs. 133-143, en donde se aborda este mismo problema vinculado a mecanismos economizantes que la lengua utiliza, dentro de un concepto amplio de economía lingüística.

21 J. A. Vicente, *op. cit.* pág. 22, recoge el planteamiento a este respecto de Th. Fraser et Joly, «Le système de la deixis 2. Endophore et cohesion discursive en anglais», *Modèles linguistiques*, Lille, 1980, pág. 24. Para un tratamiento centrado en el tema de los demostrativos en su utilización asociativa, *vid.* el apartado correspondiente en D. Apothéloz & M^e J. Reichler-Béguelin, *op. cit.*

el elemento antecedente. Una relación como la existente entre *iglesia* y *pueblo* en el ejemplo clásico (2) da cuenta de la relación «parte-todo» en la forma, como se ha manejado, para dar cuenta de la anáfora asociativa.

Sin embargo, parece necesario restringir la relación «parte-todo» a una relación «parte privilegiada de», porque esta última exige que sea un ingrediente estereotípico de la entidad denotada por el antecedente de la anáfora asociativa. Esto resuelve algunos problemas, pero nos genera otros que se han de tener en cuenta, como: ¿de qué tipo es la relación sintáctica?, ¿con qué criterio seleccionamos un ingrediente como necesario o estereotípico?, ¿cuál es la estructura del objeto del se aliena la parte del resto de partes?.²²

En relación con el primer problema, al referirnos a los elementos que pueden operar en la anáfora asociativa tuvimos ocasión de poner de manifiesto algunas particularidades de la relación, sobre todo en contraste con la déixis textual. La singularidad del ingrediente necesario se deriva, no sólo de la consideración de parte necesaria, sino de la asunción pragmática de que es una parte estereotípica. De esa índole es la relación meronímica existente entre el antecedente y los SNs asociados a través de la anáfora del ejemplo (14):

(14) *Esperanza recibió una carta. El sobre estaba manchado, el sello tenía una esquina rota y el matasellos indicaba que había sido enviada el día anterior.*

La relación entre el sobre, el sello y el matasellos con el antecedente una carta es fácilmente interpretada, a partir de la relación «todo-parte», puesto que todos ellos son ingredientes estereotípicos del todo carta. Si se añadiera las rayas azules y rojas del borde no se asociaría al antecedente, porque el rayado que ribetea algunos sobres, los que se envían por avión, no es un ingrediente estereotípico.

La relación «parte-todo», insistimos, es muy importante en la anáfora asociativa, aunque hay que hacer algunas precisiones más sobre aspectos que suponen constricciones a la misma, pues no toda relación de esta clase es susceptible de anáfora asociativa. Así lo que vale para nombres inanimados no vale siempre para nombres animados:

22 D. Méville, *op. cit.*

(15) *El muchacho se refugió bajo un viejo olmo. El tronco estaba carcomido.*

En este ejemplo la relación entre el SN el tronco y el SN antecedente un viejo olmo es una relación «parte-todo» y supone anáfora asociativa. No ocurre así en (16) entre el muchacho y los pies, por más que existe relación «todo-parte».²³

(16) *El muchacho corrió bajo la lluvia. Los pies estaban mojados.*

(17) *El muchacho corrió bajo la lluvia. Sus pies estaban mojados.*

Se podría decir que si se incluyera un posesivo la relación anafórica se restablecería. Eso es otra cuestión. Ya no existe la forma canónica con determinante definido y la anáfora se debe a la correferencialidad del posesivo en el orden personal con el antecedente y no a la relación «todo-parte».

Algo similar ocurre con las entidades temporales relativas a momentos de la vida: nacimiento, muerte y a otros aspectos o zonas que se refieren a propiedades abstractas como vemos en (18) y (19) respectivamente:

(18) *Juan era un buen hombre. La muerte es una tragedia.*

(19) *María puede leer en el jardín. El pensamiento se relaja con la lectura.*

En ambos casos la anáfora asociativa no existe, las oraciones situadas en segundo término contienen los SNs que deberían contraer la relación anafórica asociativa, la muerte y el pensamiento, presentan un valor universal no vinculado a los respectivos antecedentes, Juan y María. Si en lugar de los determinantes definidos introduyéramos un posesivo la anáfora se restablecería por las mismas razones antes esgrimidas.

(20) *Juan era un buen hombre. Su muerte es una tragedia.*

(21) *María puede leer en el jardín. Su pensamiento se relaja con la lectura.*

En consecuencia, de acuerdo con G. Kleiber,²⁴ no es suficiente para explicar la anáfora asociativa recurrir a la relación «parte-todo», sino que es preciso analizar en qué ámbito y bajo qué condiciones se puede establecer. Hay que

23 Los ejemplos están puestos a partir de los que comenta G. Kleiber, «Associative anaphora and the principle of ontological congruence», *Journal of Pragmatics*, 31 (1999), págs. 339-362.

24 *Ibid.*

determinar qué ingrediente entre las partes que integran el objeto es adecuado para llegar a ser referente de una anáfora de este tipo.

Abundando en estas cuestiones, si una parte es tal por pertenecer a un todo, han de existir otras partes complementarias, aunque estas últimas no puedan ser consideradas estereotípicas o ingredientes necesarios. Visto de otro modo, la forma de pertenecer como parte a un todo puede ser contemplada como si de un elemento individual perteneciente a un colectivo se tratase. El colectivo también puede ser concebido de muy diversas maneras, de donde se desprende que según sea entendido el colectivo será entendida la relación de un individual con el colectivo, como «ingrediente necesario» o «parte privilegiada de», y, por lo tanto, también de muy diversas formas puede efectuarse la relación anafórica asociativa.

La relación entre *el pueblo* y *la iglesia* del ejemplo (2) puede establecerse porque pueblo es asumido como un colectivo de espacios arquitectónicos estereotípicos relevantes: escuela, iglesia, ayuntamiento, etc., si bien la iglesia es por sus características el más estereotípico de todos. En razón de ello existe en todo pueblo y, como consecuencia, está presente en el bagaje cultural de todas las sociedades, por diferentes motivos.

Hay otros tipos de relación muy similares, en donde la anáfora asociativa se establece como consecuencia del número o la determinación:

(22) *La corrida fue el jueves. Los toros salieron cojos.*

(23) *La corrida fue el jueves. Un toro salió cojo.*

(24) *?La corrida fue el jueves. El toro salió cojo.*

En (22) no existe problema, pues el SN anafórico, *los toros* claramente se refiere a los toros como parte privilegiada de la corrida. En (23) tampoco se detectan problemas graves de interpretación, pues el SN *un toro* da cuenta de una entidad que ha sido apartada del conjunto de toros que integran la corrida, junto con otras partes integrantes, como pueden ser los toreros, etc. Sin embargo, en (24) la anáfora no es posible, el ejemplo es anormal, a no ser que como cosa especial se haya celebrado una corrida, en donde se haya lidiado un solo toro y ello sea costumbre, o sea sabido también por el descodificador como información previa.

Otra relación llamativa «parte-todo» es la que existe entre un objeto y la materia de que el objeto está constituido. Obviamente la materia es parte inte-

grante del todo que es el objeto. Es ingrediente indispensable del mismo. Mas no parece que justifique la relación asociativa, en opinión de G. Kleiber:²⁵

- (25) *Tenía una maleta sobre la cama. El cuero estaba roto.*
(26) *El retiró lentamente sus ropas. La lana era agradable.*

En ellos la relación entre una maleta y el cuero y entre sus ropas y la lana no permite con claridad establecer la asociación, si no se introducen otros elementos que les concedan el carácter de estereotipicidad a las respectivas materias como partes necesarias. Cosa que a nuestro entender ocurre por lo menos en mayor grado en (27) y (28):

- (27) *El botijo mantenía el agua fresca. La arcilla resudaba finas gotas de agua.*
(28) *La espada brillaba. El acero estaba bien templado.*

ALIENACIÓN Y CONGRUENCIA ONTOLÓGICA

Resulta paradójico que unas partes de un todo puedan resultar adecuadas para establecer la relación anafórico-asociativa y otras no. Tras analizar la anáfora asociativa canónica; es decir, la que lleva a cabo un SN con determinante definido ha quedado puesto de manifiesto que mientras que entre tronco y olmo del ejemplo (15), con relación «parte-todo», puede operar la anáfora asociativa, no puede hacerlo cuando la parte lo es de un todo animado. Ello es así porque el tronco es una parte alienable del todo que es el olmo. En (16), por el contrario los pies no son una parte alianable del cuerpo, sino una parte de todo el cuerpo, o mejor dicho no se presenta como parte independiente del cuerpo. De acuerdo con esto G. Kleiber nos formula el siguiente principio, llamado de alianación:²⁶

El referente de una anáfora asociativa ha de ser presentado o dado como alienado en relación con el referente del antecedente.

Esto es una ficción que se asume y nos permite considerar el tronco separado del olmo, tras romper la relación de dependencia que refleja la construcción *tronco del olmo*, para ofrecer la parte de manera aislada e independiente del todo al que

25 *Ibid.*

26 *Ibid.*

pertenece. Si el referente de la expresión anafórica no puede aparecer con existencia autónoma la relación anafórica asociativa se bloquea.

Hay individuales que por condiciones ontológicas son autónomas intrínsecamente, como «caballo», «hierba», sin embargo, otras, como «iglesia», aun pudiendo pertenecer en un sentido a un todo, como «pueblo», son intrínsecamente autónomas, ya que una iglesia puede existir fuera del pueblo, por más que un pueblo sea difícilmente imaginable sin iglesia. Tienen, por lo tanto, alienación previa. Otras entidades tienen más dificultades, por ejemplo: «ligereza» es difícil que tenga existencia independiente; los referentes de nombres de relación como «marido», «autor», «hijo» tienen que ser entendidos vinculados a otras entidades: «marido es el que tiene mujer», etc.; otras entidades como «manillar», «pedales», «sillín» sólo pueden aparecer como integrantes de otra individual: «bicicleta». Estas tres clases de entidades, en cuanto que son partes de todos pueden ser candidatas para aparecer como referentes en la anáfora asociativa, pero la condición de alienación genera la dificultad de que puedan ser alienadas del todo del que ontológicamente dependen.

Esta dependencia no es de la misma naturaleza. Así las entidades de las que dan cuenta los nombres relacionales dependen en un solo aspecto de la entidad con la que se relacionan, pues «marido» es tal, pero también es un ser humano. Un marido deja de serlo si deja de tener mujer, aunque no por ello deja de ser hombre, Esto posibilita superar la dificultad y adquirir la condición de alienación, a partir de lo cual la anáfora asociativa es posible:

(29) *La esposa sirvió la mesa. El marido partió el pan.*

Con las partes integrantes de un objeto o sus propiedades: «sillín», «ligereza», etc. difícilmente pueden ser consideradas independientemente del objeto que las contiene. El principio de alienación necesario para la anáfora asociativa no les afecta en igual medida a estas dos clases de entidades, pues mientras que las partes concretas de un todo son fácilmente alienables, y por lo tanto pueden entrar en relación anafórica asociativa, las propiedades como «ligereza», «color», «el rasgo animado», etc. no pueden alienarse, necesitan un objeto que las soporte. Para que la alienación sea posible es preciso que tras el proceso de independencia se mantenga la misma condición ontológica en el referente de la anáfora asociativa y en su antecedente, lo que Kleiber llama *Principio de congruencia ontológica*. Una

parte del cuerpo animado no puede alienarse como consecuencia de que no se mantendría el principio de congruencia ontológica, salvo que se den unas condiciones especiales para que pueda establecerse la anáfora. Una mano separada del cuerpo deja de ser animada.

LA INTERPRETACIÓN DE LA ANÁFORA ASOCIATIVA

La interpretación de la anáfora asociativa se sustenta en aspectos básicamente iguales a los de la anáfora correferencial. En ambos casos aparece una entidad en el discurso enteramente nueva o repetida, respectivamente, que precisa para su interpretación información previa existente. La información previa puede estar presente en el cotexto o pertenecer al universo del discurso, al conocimiento enciclopédico de que disponen emisor y receptor, o a datos que facilite la propia situación enunciativa. Hay, por lo tanto, que considerar el fenómeno como pragmático en un sentido amplio.

No obstante, hay autores que restringen la información previa a aquélla que propician los elementos lingüísticos, como tales, presentes en el cotexto. Para otros, la información no consiste en localizar expresiones lingüísticas anteriores u objetos de referencia específicos del mundo, sino que la información se busca en la memoria discursiva, al margen de que allí esté presente como consecuencia del enunciado previo, de determinadas condiciones de la situación o a través de un proceso inferencial.²⁸

La anáfora asociativa hay que situarla en un ámbito pragmático y hay que superar la perspectiva del descodificador, que es como normalmente se ha analizado, a partir de que la reflexión lingüística se realiza sobre textos ya elaborados, por lo que desde este punto de vista, como descodificadores tratamos de descubrir o llegar a los referentes, en principio desde el texto precedente, apoyándonos en otros elementos de índole situacional, inferencial y pertenecientes a la memoria discursiva. El codificador trata de llegar a referentes. Para ello actúa libremente

27 Para el principio de alienación y el de congruencia ontológica hemos resumido las opiniones de G. Kleiber, *op. cit.*, inspirándonos en sus ejemplos o utilizando los que nos han parecido convenientes para el español.

28 *Vid.* D. Apothéloz & M^e J. Reichler-Béguelin, *op. cit.*

sin condicionamientos cotextuales determinados, utilizando, además, elementos diversos informativos de naturaleza no exclusivamente verbal.

Hay que ver el texto o el discurso como un proceso conflictivo de intereses enfrentados entre el codificador y el descodificador. Mientras que el codificador no ha de verse coartado por la necesidad de establecer antecedentes, el descodificador lo que hace es buscarlos y usar un complejo universo en donde, además de la información cotextual, se sitúa en un contexto socio-cultural aprovechándose también del conocimiento enciclopédico que posea.

CONCLUSIÓN

La anáfora asociativa es un mecanismo de cohesión textual, como lo es la anáfora correferencial. Una y otra, en principio no se diferencian, por lo que en última instancia se justifican por el hecho de llegar a una nueva información a partir de una información previa. Se diferencian en que la anáfora asociativa no es correferencial y, por lo tanto, hay que situarla en un ámbito marcadamente pragmático, en donde la actividad del codificador y el descodificador hay que verlas como un conflicto de intereses, según el cual frente a la posición no siempre cooperativa del codificador, se sitúa el descodificador, tratando de buscar antecedentes y elementos de información previa para conseguir la interpretación adecuada, aunque la base de esta interpretación la logre en los elementos presentes en el cotexto, pero no sólo ahí, sino también en un campo más amplio que le permita lograr incluso inferencias precisas para la interpretación coherente. En la anáfora estándar, junto a la correferencialidad existen mecanismos concurrentes de ajuste sintáctico.

En la anáfora asociativa es fundamental la relación «parte-todo» con matizaciones que den soporte a esta relación, especialmente las referidas a las condiciones que restringen esta relación, como son el principio de alienación que justifica la autonomía de la «parte» con respecto al «todo», para que la anáfora asociativa pueda llevarse a efecto, y el principio de congruencia ontológica que permite la anáfora entre «todo» y «parte», si tras la alienación entre el referente del anafórico y el del antecedente existe, precisamente «congruencia ontológica».

BIBLIOGRAFÍA

- APOTHÉLOZ, D. & M^a José REICHLER-BÉGUELIN: «Interpretations and functions of demonstratives Nps in indirect anaphora», *Journal of Pragmatics*, 31 (1999), págs. 363-396.
- BRÖNDAL, V.: *Les Parties du discours. Parties orationis. Études sur les catégories Linguistiques*, trad. P. Naert, De. Einar Munksgaard, Copenhagen, 1948, pág. 43.
- BROWN, G. & G YULE: *Análisis del discurso*, Visor Libros, Madrid, 1993.
- ESCAVY, R.: *El Pronombre. Categorías y funciones pronominales en la teoría gramatical*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia, 1987, págs. 9.
- «Economía lingüística y sistema pronominal», *Anales de Filología Hispánica*, vol. 3, 1987, págs. 133-143.
- FRASER, TH. et A. JOLY: «Le système de la deixis 2. Endophore et cohesion discursive en anglais», *Modèles linguistiques*, Lille, 1980.
- KLEIBER, G.: «Associative anaphora and the principle of ontological congruence», *Journal of Pragmatics*, 31 (1999), págs. 339-362.
- KURZON, D.: «Signposts for reader: a corpus-based study of text deixis», *Text*, vol. 5. 3.; Paris-Mouton, 1985, págs. 187-200.
- MATRAS, Y.: «Deixis and deictic positions in discourse. Evidence from Romani», *Journal of Pragmatics*, 29 (1998), págs. 393-43.
- MÉVILLE, D.: «Associative anaphora: An attempt at formalisation», *Journal of Pragmatics*, 3 (1999), págs. 327-337.
- VICENTE MATEU, J. A.: *La Deixis. Egocentrismo y subjetividad en el lenguaje*, Universidad de Murcia, Murcia, 1994.